

DOMINGO XXIX ORDINARIO “B”

“Tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores”

Is 53,10-11: “Cuando entregue su vida como expiación, verá descendencia, prolongará sus años”

Sal 32: “Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti”

Hb 4,14-16: “Acerquémonos con seguridad al trono de la gracia”

Mc 10,35-45: “El Hijo del Hombre ha venido para dar su vida en rescate por todos”

I. LA PALABRA DE DIOS

El texto del **Evangelio** de hoy es un ejemplo más del contraste entre la actitud de Jesús y la de los discípulos. Frente a la búsqueda de gloria humana por parte de los discípulos, Jesús aparece una vez más como el Siervo que da su vida en rescate por todos. Y su gloria consiste precisamente en justificar a una multitud inmensa «**cargando con los crímenes de ellos**» (1^a lectura). Para moderar las ansias de grandeza de los discípulos Jesús ante todo exhibe su conducta y su estilo; más que muchas explicaciones, les pone ante los ojos el camino que Él mismo sigue: del mismo modo, el que quiera ser realmente grande y primero no tiene otro camino que hacerse siervo y esclavo de todos. La actitud de Jesús es normativa para la comunidad cristiana. Ejercer la autoridad no es tiranizar, sino servir y dar la vida. La verdadera autoridad viene de ser autor, de comunicar vida, y Jesús lo hace dando su vida, por eso es la máxima autoridad, el Señor.

Como en tantos otros pasajes, Jesús corrige a sus discípulos sus ideas excesivamente terrenas, sobre todo en su afán de poder y dominio. Apuntados al seguimiento de Jesús, el Maestro, también nosotros hemos de dejarnos corregir en nuestra mentalidad no evangélica. La Iglesia, comunidad de los seguidores de Jesús, no es una sociedad o institución cualquiera: el estilo de Jesús es radicalmente distinto al del mundo.

Frente a las pretensiones de grandeza, de superioridad e incluso de dominio sobre los demás, Jesús propone el modelo de su propia vida: la única grandeza es la de servir. Esto es lo que Él ha hecho: El eterno e infinito Hijo de Dios se ha convertido voluntariamente en esclavo andrajoso –y hace falta entender todo el realismo de la palabra, lo que era un esclavo en tiempos de Jesús: alguien que no contaba, que no tenía ningún derecho, que vivía degradado y humillado–, en esclavo de todos, y ha ocupado en último lugar.

Pero Jesús no es sólo un esclavo, con todo lo que tiene de humillante; es el Siervo de Yahvé que ha cargado con todos los crímenes y pecados de la hu-

manidad, que se ha hecho esclavo para liberar a los que eran esclavos del pecado. Su servicio no es un insignificante “detalle” (como dice alguna cancancilla). Su servicio consiste en dar la vida en rescate por todos. Y nosotros, apuntados a la escuela de Jesús, somos llamados a seguirle por el mismo camino: hacernos esclavos de todos y dar la vida en expiación por todos, para que todo hombre oprimido por el pecado llegue a ser realmente libre.

II. LA FE DE LA IGLESIA

Toda la vida de Cristo es ofrenda al Padre
(606, 623)

Desde el primer instante de su Encarnación el Hijo acepta el designio divino de salvación en su misión redentora: «*Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra*». El sacrificio de Jesús «*por los pecados del mundo entero*», es la expresión de su comunión de amor con el Padre: «*El Padre me ama porque doy mi vida*». «*El mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado*».

Por su obediencia amorosa a su Padre, «*hasta la muerte de cruz*», Jesús cumplió la misión expiatoria del Siervo doliente que «*justifica a muchos cargando con las culpas de ellos*».

La Iglesia es misionera
(767 – 768)

Cuando el Hijo terminó la obra que el Padre le encargó realizar en la tierra, fue enviado el Espíritu Santo el día de **Pentecostés** para que santificara continuamente a la Iglesia. Es entonces cuando la Iglesia se manifestó públicamente ante la multitud y se inició la **difusión del evangelio** entre los pueblos mediante la predicación. Como ella es “convocatoria” de salvación para todos los hombres, la Iglesia – por su misma naturaleza – **es misionera enviada por Cristo a todas las naciones** para hacer de ellas discípulos suyos.

Para realizar su misión, el **Espíritu Santo** la construye y dirige con diversos dones jerárquicos y carismáticos. La Iglesia, enriquecida con los dones de

su Fundador y guardando fielmente sus mandamientos del amor, la humildad y la renuncia, recibe la **misión de anunciar y establecer en todos los pueblos el Reino de Cristo y de Dios**. Ella constituye el germen y el comienzo de este Reino en la tierra.

La misión, exigencia de la catolicidad de la Iglesia (849 – 852)

La Iglesia, enviada por Dios a las gentes para ser “sacramento universal de salvación”, por exigencia íntima de su misma catolicidad, obedeciendo al mandato de su Fundador se esfuerza por anunciar el Evangelio a **todos los hombres**: «*Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»* (Mt 28, 19-20).

El **mandato misionero** del Señor tiene su **fuente última en el amor eterno de la Santísima Trinidad**: La Iglesia peregrinante es, por su propia naturaleza, misionera, puesto que tiene su origen en la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo según el plan de Dios Padre. El fin último de la misión no es otro que **hacer participar a los hombres en la comunión** que existe entre el Padre y el Hijo en su Espíritu de amor.

Del amor de Dios por todos los hombres la Iglesia ha sacado en todo tiempo la obligación y la fuerza de su impulso misionero: «*porque el amor de Cristo nos apremia...*» (2 Co 5,14). En efecto, «**Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad**» (1 Tm 2, 4). Dios quiere la salvación de todos por el conocimiento de la verdad. **La salvación se encuentra en la verdad**. Los que obedecen a la moción del Espíritu de verdad están ya en el camino de la salvación; pero la **Iglesia a quien esta verdad ha sido confiada, debe ir al encuentro de los que la buscan para ofrecérsela**. Porque cree en el designio universal de salvación, la Iglesia debe ser misionera.

Los caminos de la misión (852 – 853)

El **Espíritu Santo** es en verdad el **protagonista** de toda la misión eclesial. Él es quien conduce la Iglesia por los caminos de la misión. Ella continúa y desarrolla en el curso de la historia la misión del propio Cristo, que fue enviado a evangelizar a los pobres; impulsada por el Espíritu Santo, debe avanzar

por el **mismo camino por el que avanzó Cristo**; esto es, el camino de la **pobreza, la obediencia, el servicio y la inmolación** de sí mismo hasta la muerte, de la que surgió victorioso por su resurrección. Es así como “la sangre de los mártires es semilla de cristianos” (Tertuliano).

Pero en su peregrinación, la Iglesia experimenta también hasta qué punto distan entre sí el mensaje que ella proclama y la debilidad humana de aquellos a quienes se confía el Evangelio. Sólo avanzando por el camino de la **conversión** y la **renovación** y por el estrecho sendero de Dios es como el Pueblo de Dios puede extender el reino de Cristo. En efecto, como Cristo realizó la obra de la redención en la **persecución**, también la Iglesia está llamada a seguir el mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación.

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

“Esta dignidad [del cristiano] se expresa en la disponibilidad a servir; según el ejemplo de Cristo, que no ha venido para ser servido sino para servir. Si, por consiguiente, a la luz de esta actitud de Cristo se puede verdaderamente «reinar» sólo «sirviendo», a la vez el «servir» exige tal madurez espiritual que es necesario definirla como el «rei-nar». Para poder servir digna y eficazmente a los otros, hay que saber dominarse, es necesario poseer las virtudes que hacen posible tal dominio” (Juan Pablo II).

IV. LA ORACIÓN DEL CRISTIANO

Benditos los pies de los que llegan para anunciar la paz que el mundo espera, apóstoles de Dios que Cristo envía, voceros de su voz, grito del Verbo.

De pie en la encrucijada del camino del hombre peregrino y de los pueblos, es el fuego de Dios el que los lleva como cristos vivientes a su encuentro.

Abrid, pueblos, la puerta a su llamada, la verdad y el amor son don que llevan; no temáis, pecadores, acogedlos, el perdón y la paz serán su gesto.

Gracias, Señor, que el pan de tu palabra nos llega por tu amor, pan verdadero; gracias, Señor, que el pan de vida nueva nos llega por tu amor, partido y tierno.

Amén.